

LA CONVERSIÓN A LA «IDEA AUSTRIACA» DE JOSEPH ROTH

Joseph Roth, judío de la diáspora provinciana del Imperio, tendría como vivencia fundamental de su escritura la función integradora de la Monarquía habsbúrguica. Pero, como en el caso de Franz Werfel, no deja de ser significativo que el joven periodista con tendencias socialistas, aireadas entre 1919 y 1924 tanto en Berlín como en Viena, al llegar la década de los treinta se transforme en un firme defensor de la monarquía y el catolicismo; hecho que Stefan Zweig justifica como «daß sich Joseph Roth die Ehrfurcht vor dem Kaiser und seiner Armee schon als den Mythos seiner Kindheit aus seiner östlichen Heimat nach Wien mitgenommen hätte»¹. Sin embargo, tal como su biógrafo David Bronsen confirma, Roth, a partir de 1919, hizo duras críticas de la Monarquía. De la I República decía, por ejemplo: «es sei zwar ein funkelnel neuer Staat geworden, aber mit alten K. K. Brettern jämmerlich geflickt»².

En la década de los veinte escribe seis novelas, entre ellas *Die Spinnennetz* (1923), *Die Rebell* (1924) o *Zipper und sein Vater* (1928), en las que la acción se desarrolla en Viena, siendo la ciudad, un telón de fondo de la acción. En todas ellas, a excepción de *Das Spinnennetz* (1923) Roth ignora el problema austriaco. Pero va a ser la aparición, en 1932, de *Radetzky marsch* el indicativo que marque con más fuerza el giro en su pensamiento y actitud. Por esa época el «mundo de la seguridad» habsbúrguico ha podido ser ya una imagen desiderativa de una sociedad que se debatía entre la crisis económica y la dictadura, posición confirmada por el hecho de que no sea el de Roth el único caso de «conversión». En escritores de la misma generación se da esa misma búsqueda de una identidad propia que les lleva a los años de la vieja Monarquía, y la constatación de que la pérdida de la misma también ha supuesto una pérdida personal. Junto a *Radetzky marsch* aparecen la novela *3 November 1918* (1936) de Franz Theodor Czokor, el *Aufsatz*, «Kakanien» en la incompleta novela de Robert Musil *Der Mann ohne Eigenschaft* (1937), *Die Welt von Gestern* (1942), de Stefan Zweig.

Para escritores como Hugo von Hofmannsthal, el *Umsturz* supuso un corte brusco en su obra literaria. Sin embargo, Roth y los de su generación comenzaban a escribir tras el *Umsturz*. Al acabar la Guerra, Hofmannsthal tenía 45 años y pertenecía a una familia patricia austriaca completamente integrada; Roth, en cambio, contaba sólo 24 años, era judío del Este que había malvivido entre 1914 y 1916 en el ghetto de Viena —«Es ist furchtbar schwer, ein Ostjude zu sein; es gibt kein schwereres Los als das eines fremdes Ostjuden in Wien»³ — y que a la vuelta del frente se encontró con que la Austria por la que había luchado ya no existía; entre tanto, además se había convertido en ciudadano polaco. Aun-

1. St. Zweig, «Joseph Roth», en *Europäisches Erbe*, Frankfurt 1960, p. 253.

2. D. Bronsen, *Joseph Roth. Eine Biographie*, Colonia 1974, p. 198.

3. J. Roth, «Juden auf Wanderschaft», en *Werke 3*, Colonia 1976, p. 324.

que conseguiría la nacionalidad austriaca, nunca volvió a recuperar su propia identidad, ciudadano como era de un minúsculo estado a miles de kilómetros de su lugar de origen y que, sin embargo, no hacía mucho había constituido un todo. Y es aquí donde la conciencia de estado supranacional se revela en Roth, puesto que a lo largo de toda su vida siempre anhelará aquellos años de convivencia con los múltiples pueblos de la Monarquía que no borraban la propia identidad.

La idea habsbúrguica como vínculo que hizo posible esa convivencia era lo que Roth quiere poner de manifiesto cuando el peligro *Großdeutsch* era inminente. El corpus de obras que expresa esta idea y que evidencia la conversión del autor son las siguientes:

Das Spinnennetz (1923).

Radetzky marsch (1932).

Die Büste des Kaisers (1934).

Die Kapuzinergruft (1938).

«Grillparzer. Ein Portrait» (1937).

«Rede über den alter Kaiser. Am Abend vom A. auf den 18. August» (1939).

Roth es quien mejor ha sabido plasmar el mundo de los eslavos de la *Doppelmonarchie*. Defensor a ultranza de estos pueblos, afirmaba que la esencia de Austria no se encontraba en el centro del Imperio, sino en la periferia, tal como lo manifestaba por boca del conde polaco Chojnicki en un pasaje de *Die Kapuzinergruft*:

«Freilich sind es die Slowenen, die polnischen und ruthenischen Galizianer, die Kaftanjuden aus Boryslaw, die Pferdehändler aus der Bacska, die Moslems aus Sarajewo, die Maronibter aus Mostar, die "Gott erhalte" singen. Aber die deutschen Studenten aus Brünn und Eger, die Zahnärzte, Apotheker, Friseurgehilfen, Kunst-Photographen aus Linz, Graz, Knittelfeld, die Kröpfe aus den Alpentälern, sie alle singen die, "Wacht am Rhein". Österreich wird an dieser Nibelungentreue zugrunde gehn, meine Herren! Das Wesen Österreichs ist nicht Zentrum, sondern Peripherie. Österreich ist nicht in den Alpen zu finden, Gamsen gibt es dort und Edelweiß und Enzian, aber kaum eine Ahnung von einem Doppeladler. Die österreichische Substanz wird genährt Rund immer wieder aufgefüllt von den Kronländern»⁴

Mientras para Roth los *Deutsch-Österreicher* tienen una referencia más renana, el eslavo habsbúrguico es el portador de la idea danubiana. Tal era su caso. Este aparente contrasentido entre «periferia/fidelidad a la idea habsbúrguica» es mencionado en el caso concreto de Roth por su amigo Stefan Zweig:

«Geheimnisvollerweise waren in unserem sonderbaren Österreich die eigentlichen Bekenner und Verteidiger Österreichs niemals in Wien zu finden, in der deutschsprechenden Hauptstadt, sondern immer nur an der äußeren Peripherie des Reiches, wo die Menschen die mild-nachlässige Herrschaft der Habsburger täglich vergleichen konnten mit der strafen und minder humanen der Nachbarländer. In dem kleinen Städtchen, dem Joseph Roth entstammte, blickten die Juden dankbar hinüber nach Wien; dort wohnte, unerreichbar wie ein Gott in den Wolken, der alte, der uralte Kaiser Franz Joseph, und sie lobten und liebten in Ehrfurcht diesen fernen Kaiser wie eine Legende, sie ehrten und bewunderten die farbigen Engel dieses Gottes, die Offiziere, die Ulanen und Dragoner, die einen Schimmer leu-

4. J. Roth, «Kapuzinergruft», en *Werke I*, Colonia 1976, p. 526.

chtender Farbe in ihre niedere, dumpfe, ärmliche Welt brachten. Die Ehrfurcht vor dem Kaiser und seiner Armee hat sich Roth also schon als den Mythos seiner Kindheit aus seiner östlichen Heimat nach Wien mitgenommen»⁵.

Como se ve, su condición de defensor del eslavismo, era consecuencia de su sentido de lo habsbúrguico, siendo firme defensor de ese *Trialsimus* que apoyaba el príncipe heredero, la incorporación a la Monarquía Dual de una tercera nación eslava.

Al estallar el conflicto bélico, Roth, como otros escritores de su tiempo, prestó sus servicios como voluntario en la *k.u.k.-Armee*. Pero ese vivo patriotismo que le llevó a filas no le ayudó a superar aquello de lo que nunca se repuso, el *Umsturz*. En 1932 escribió «Mein stärkes Erlebnis war der Krieg und der Untergang meines Vaterlandes, des einzigen, das ich je besessen: die österreichisch-ungarische Monarchie»⁶. Roth, en boca de Trotta, manifiesta esa desazón de pertenecer a una generación truncada:

«Ich fühlte mich wohl, ich war wieder zu Hause. Wir hatten alle Stand und Rang und Namen, Haus und Geld und Wert verloren, Vergangenheit, Gegenwart, Zukunft, Jeden Morgen, wenn wir erwachten, jede Nacht, wenn wir uns schlafen legten, fluchter wir dem Tod, der uns zu seinem gewaltigen Fest vergeblich gelockt hatte. Und jeder von uns beneidete die Gefallenen»⁷.

La Monarquía Austrohúngara era para él un anticipo de una Europa unida y supranacional; y con su caída, y más bien con la muerte del Kaiser también se fue su juventud. Roth por boca del héroe de la novela *Die Kapuzinergruft* se siente austriaco pero «ein alter Österreicher»:

Hier schläft mein alter Kaiser, Seine K. K. Apostolische Majestät, Franz Joseph der Erste. Er schläft in einem einfachen Sarg, der noch einfacher und schmaler und anspruchsloser ist als das Betr, in dem er zeit seines Lebens im Schloß zu Schönbrunn zu schlafen gewohnt war, und die Majestät, die ihn zeit seines Lebens umglänzt und die er dargestellt hatte, verbündete sich mit der Majestät des Todes, des Kaisers aller Kaiser...

Als man ihn begrub, den Kaiser Franz Joseph, stand ich, einer der zahllosen Soldaten seiner Armee, ein manenloses Glied des Spaliers, das wir damals bildeten, knapp vor der Kapuzinergruft, um seinen hohen Leichnam zu begrüßen [...].

Ich stand reglos in der «Habt acht» –Stellung. Aber mein Herz war schwer und meine Augen, befehlgemäß und soldatisch dem Kondukt zugewandt, füllte sich mit Tränen, so daß ich zwar blickte, aber gar nichts sah.– Wem weinte ich damals nach? –Gewiß dem Kaiser Franz Joseph: aber auch mir selbst, meiner eigenen Jugend. Und obwohl ich in jener Stunde wußte, daß ich bald, bald für den toten Kaiser und für seinen Nachfolger zu sterben befohlen und bestimmt war, und obwohl damals noch so jung war, schien es mir, daß es beinahe unschicklich sei, später zu sterben als der Kaiser, dessen Glanz meine Jugend erleuchtet und dessen Leid meine Jugend verdüstert hatten. Damals fühlte ich, daß ich ein Österreicher bin; ein alter Österreicher [...].

5. St. Zweig, «Joseph Roth», en *Europäisches Erbe*, Frankfurt 1960, pp. 252-253.

6. De la carta de Roth al Profesor Otto Forst de Battaglia, el 28 de octubre de 1932. *Briefe*, Colonia-Berlín 1970, p. 240.

7. J. Roth, «Radetzky marsch», en *Werke I*, Colonia 1976, p. 401.

'Lieber Kaiser! Ich habe dir gedient, und ich habe dich begraben, ich habe einmal, vielleicht im Übermut, versucht dich zu gestalten und ich habe dich über lebt. Im Tode noch aber bist du stärker als ich Vergib mir meinen Übermut! [...]'⁸.

Es tal la *Einführung* con la idea habsbúrguica que parece casi imposible que Joseph Roth lo haya expresado desde fuera de la misma; es él el que se expresa a través de Trotta y quien llama a Franz Joseph el Kaiser de los kaiseres, el que con más legitimidad podía representar y sintetizar esa idea de unidad supranacional, el mismo Kaiser que era aclamado por un gran número de judfos en su visita a la ciudad natal de Roth, Brody; hecho que el autor sintetiza en una escueta pero significativa frase en *Radetzkyarsch*:

«jetzt wisse er, warum er König von Jerusalem heiße»⁹.

Cuando Roth escribe *Die Kapuzinergruft*, Hitler ya estaba en Alemania y la amenaza de éste sobre Austria era manifiesta. Roth sabe que no tiene más remedio que la añoranza, su actitud es el arrepentimiento, la conversión a la idea habsbúrguica «ich bin ein alter Österreicher». El que precisamente había frecuentado poco antes la bohemia de la *Potsdamerstraße* berlinesa y que había estado inmerso en un medio berlinés vanguardista –con gran componente austriaco– de signo socio-cultural revolucionario y políticamente rupturista (Kraus, Schömborg, Horvath, Kisch, Brecht) era quien emitía esa profesión de fe.

En el relato *Die Büste des Kaisers*, el conde polaco Morstin se encarga aún después de 1918 el cuidado del busto del Kaiser Franz Joseph, pero al querer las autoridades polacas destruir el monumento, decide enterrarlo en presencia de un cura, un rabino judío y un pope:

«Meine alte Heimat, die Monarchie allein war ein großes Haus mit vielen Türen und vielen Zimmern, für viele Arten von Menschen. Man hat das Haus verteilt, gespalten, zertrümmert. Ich habe dort nichts mehr zu suchen. Ich bin gewohnt, in einem Haus zu leben, nicht in Kabinen»¹⁰.

Al concluir la Guerra, Roth había vuelto a Galitzia pero pronto se dio cuenta que su lugar estaba en Austria, aunque no en la Austria de la República donde el horizonte de los hombres se había estrechado después del ocaso de un estado con ocho naciones y 15 países hereditarios. Roth no se resignaba a que Austria fuese simplemente ese pequeño país alpino; el alma y el sentir austriaco era mucho más grande:

«...Wir sind dennoch nicht "das kleine Alpenländchen", in dem zu leben wir gezwungen sind, wir sind immer noch jener große Gedanke, ohne den nicht einmal unser "kleines Ländchen" eine Woche Bestand haben könnte! Der Österreichische Gedanke' ist kein "patriotischer", sondern beinahe ein religiöser. Wir sind nicht "der zweite deutsche Staat", sondern der erste, sozusagen: *der allererste deutsche und über nationale und christliche Staat! (...)*»¹¹.

8. J. Roth, «Kapuzinergruft», en *Werke 3*, Colonia 1976, pp. 719-720.

9. J. Roth, «Radetzkyarsch», en *Werke 1*, Colonia 1976, p. 181.

10. J. Roth, «Die Büste des Kaisers», en *Werke 3*, Colonia 1976, p. 192.

11. J. Roth, «Christliche Ständestaat», en *Werke 4*, Colonia 1976, pp. 721-722.

Su concepción de Austria era algo más que esa pequeña guerra entre «negros» y «rojos» que finalmente desembocaría en el fascismo.

En 1923 había aparecido en el periódico vienés «Arbeiter Zeitung» su novela *Das Spinnennetz* en la que el pequeño burgués Theodor Lohse se adhiere al movimiento fascista para tratar de obtener tres cosas: poder, influencia y una joven judía hija de un millonario. Este ejemplo de fascista fue concebido por Roth justamente en la misma época en la que Hitler intentaba su *Putsch* en Munich. Y será a mitad de los años 20 cuando Roth se muestre desconfiado ante las aspiraciones del gobierno socialdemócrata en su idea de apoyar el *Anschluß* de Austria con Alemania. Así nos lo demuestra una carta a Benno Reifenberg, fechada el 30 de agosto de 1925 desde Marsella:

«Ich bin sehr verzweifelt. Ich kann nicht einmal mehr nach Wien fahren, seitdem die sozialistischen Juden einen solchen Anschlußlärm machen. Was wollen sie? Sie sollen Hindenburg? Als der Kaiser Franz Joseph starb, war ich zwar schon ein "Revolutionär", aber ich weinte. Ich war Einjähriger in einem Wiener Regiment, einer "Elite-Truppe", die als Ehrenwache vor der Kapuzinergruft stand und ich weinte wirklich. Eine Zeit wurde begraben. Mit dem Anschluß wird noch einmal eine Kultur begraben. Alle Europäer müßten gegen den Anschluß sein. Und nur die Mittelmäßigkeit sozialdemokratischer Gehirne weiß es nicht. Wie wenig Unterschied zwischen deutschvölkischer und sozialistischer Weltanschauung! Zwischen Jud und Christ! Die Mittelmäßigkeit bindet ihre Anhänger aus den verschiedensten Lagern fester als ein Prinzip es könnte, ein Ideal. Fühlt man nicht, daß ein unabhängiges Österreich immer noch das Versprechen auf ein einiges Europa ist?»¹².

La única posibilidad que veía Roth para impedir el *Anschluß* y con ello salvaguardar la cultura austriaca de lo que iba a suponer su aniquilación era el restablecimiento de la Monarquía de los Habsburgo. Esta toma de posiciones le llevó a acercarse a los *Legitimisten*. Y tras su relación con Otto von Habsburg, Roth formó parte de lo que su biógrafo David Bronsen denomina «tragenden Säulen der Bewegung»¹³. Fueron numerosas las visitas que Roth hizo al pretendiente del trono en su castillo de Steenockerzeel cerca de Bruselas en los años 1936 y 1939, aunque la mayoría de las veces se veían en París. Uno de estos encuentros, a comienzos de 1939, después de la anexión, lo describe Roth en su serie de artículos «Schwarz-gelbes Tagebuch».

«Ich habe den Kaiser Otto wiedergesehen. Er war bei der Eröffnung der Neuen Kunstgalerie St. Etienne. Der Österreicher waren einige da, loyale Österreicher. Viele unter ihnen hatten vor einem Jahr noch keinerlei Beziehung zum Kaiser und wahrscheinlich nur eine formale zu Österreich. Es konnte keine andere sein. Die armen rot-weiß-roten Kinder eines Landes, das der Aufgabe nicht gewachsen war, ein Reich, das Reich zu repräsentieren, konnten kaum mehr als Orts- und Provinzialpatriotismus entwickeln. Es war "Heimatliebe", eine löbliche, aber notwendigerweise begrenzte Gemütsäußerung. Der Habsburgische Kaisergedanke ist zu groß für ein so kleines Land. Und es ist kaum möglich, die Seelengröße all jener zu schildern, zu besiegen, müßte man sagen, die innerhalb der Mesquinerie der vergangenen Jahre die Kraft hatten, Legitimisten zu sein. Die neubekehrten, die Legitimisten von heute, haben es leichter, gerade weil sie in der Verbannung leben. Aller Welt fühlbar ist die Tatsache, daß der

12. J. Roth, Briefe, Colonia-Berlín 1970, p. 65.

13. D. Bronsen, *Joseph Roth. Eine Biographie*, Colonia 1974, p. 485.

Habsburger, die unsichtbare Krone auf dem Haupt, ein Symbol ist, mehr als ein Herrscher. Diese Tatsache ist so greifbar deutlich, wie jene gewesen ist, als wir noch ein Reich hatten: daß Österreich mehr war als ein Vaterland, nämlich fast eine Religion (...). Im Exil aufgewachsen, hat dieser unser Kaiser das heutige Schicksal der Österreicher vorausgelebt. Als wir noch zu Hause saßen, war er schon ein Emigrant, und so jung er ist, das Schicksal des Verbanntseins ist ihm vertrauter als uns. Wie man es würdig trägt, dafür ist er Beispiel und Muster (...)»¹⁴.

Y una vez que todo se había perdido, que el *Anschluß* era una realidad, el enfermo y desesperado emigrante en París no puede admitir esa pretendida unidad cultural y racial que se intenta dar por hecha entre austriacos y alemanes.

«...Wenn es je einen "blühenden" Unsinn gegeben hat, so ist es dieser. Jene verantwortlichen Stellen, die den famosen "Kultur-Austausch" propagieren, behaupten ja offiziell, wir Österreicher und die Deutschen hätten eine "gemeinsame Kultur"! Was ist hier also noch an Kultur "auszutauschen"?

Was sollen wir austauschen?

Den Grillparzer gegen Baldur von Schirach?

Den Metternich gegen Goebbels?

Europäische, christliche, abendländische Kultur gegen die Kultur des wahnwitzig gewordenen Piefke?

Unser Deutschtum gegen den Usurpator des Deutschtums? Was hätten wir bei solch einem Austausch zu gewinnen?

Wir können auch ohne Paula Wessely leben, und ohne die gewiß nicht "reinarischen" Makler der Filmbranche, die da zwischen einem selbst –verräterischen Levysohn und Goebbels hin– und hervermitteln.

Es gibt für Österreicher, die das alte K. u. K. Österreich gesehen haben, kein anderes Gefühl und keinen andern Ausdruck für dieses Gefühl, als: widerlich.

Entweder man steht auf dem Standpunkt, Österreich und Deutschland hätten die gleiche Kultur: dann brauchte man absolut nichts "auszutauschen"; oder aber, man glaubt Österreich und Deutschland hätten verschiedene "Kulturen". Dan brauchen wir keinen "Austausch"».

Ante la inevitabilidad de los hechos Joseph Roth acabaría de leyenda de sí mismo: de santo bebedor.

OLGA G. GARCÍA

14. J. Roth, «Schwarz-gelbes Tagebuch», en *Werke 4*, Colonia 1976, pp. 745-747.